

Juanito y la señora bruja de Bermúdez

Juanito era un chico con personalidad, un chico al que había que tener en cuenta. De entre todas sus hazañas, la mayor era la de mofarse día tras día de la señora bruja de Bermúdez. En el barrio corría el rumor de que al quedarse viuda, había comenzado unos cursillos de estudios hechiceriles a distancia. Y a fuerza de darse tortas con la escoba, pociones estalladas, transformaciones en rata o colibrí, había perdido la mollera. Estaba suscrita a todas las revistas de sucesos paranormales, coleccionaba amuletos, sortilegios, y estatuillas de brujillas y gnomos; y hasta tenía la primera edición del cuento *La bruja del bosque* de los hermanos Grimm. A pesar de estas chapuzas la viuda de Bermúdez tenía grandes poderes y muchos pergaminos con conjuros en lenguas muertas y requetemuertas. Entre ellos uno que hacía cobrar vida a cualquier cosa inerte. Este encantamiento lo empleaba a menudo para animar a la bruja del cuento de los Grimm. Intercambiaban impresiones, hechizos, pócimas, e incluso tenían tiempo para tomar té con pastas y dulces. *Es agradable esto de ser la bruja de un cuento clásico, no hay que aguantar las chaladuras de los autores modernos. En mi época eran condescendientes con nosotras, nos pintaban siempre tenebrosas y horribles para asustar a los niños. Lo malo, ¿sabes?, es lo de la pringue de la casita de chocolate...* decía la ya clásica bruja entre una pasta y otra.

De la señora de Bermúdez se decía que de joven había sido preciosa, que tenía estudios universitarios y un gran provenir como concertista. Pero ahora con los años era como una bruja de cuento, con las orejas llenas de ceniza verdosa, verrugas, mirar acristalado azulón legñoso y un “tic” nervioso, que hacía que los niños se quedaran completamente paralizados de terror. A Juanito y a mí nos encantaba ver qué cosas tan raras tiraba a la basura, media ala de murciélago podrida, dientes de ajo espumosos, botes con pomadas verdes y rosas que olían pestilentemente, y bolsas enteras de burbujas y espumas que mareaban a las cucarachas hasta hacerlas bailar. Era alucinante ver bailar a las cucarachas, daban vueltas sobre las patas de atrás y caían rendidas boca arriba: ¡Ploc!

Un día Juanito se acercó a mi oído mientras la señora de Bermúdez pasaba a nuestro lado, susurró: *la vieja narizuda colmillosa...* Ella le miró con su ojo de cristal entreabierto, y fijó su irascible mirada torva sobre los ojillos negros de Juanito

esperando que temblara o incluso que se mease encima. Pero Juan era un personaje peculiar que había que tener en cuenta. A la anciana bruja una baba rojiza empezó a burbujearle de rabia en la comisura de la boca, y una vena redonda y retorcida se le encolerizó hinchándose y latiendo a un ritmo vertiginoso. La señora bruja de Bermúdez se pacificó de repente, tosió con compostura, y musitó unas extrañas palabras incomprensibles. Ante mi perplejidad, Juanito empequeñeció; sus miembros se alargaban y adquirirían una forma felina, su rostro se iba haciendo más y más redondo, y su pelo creció y ennegreció hasta transformarse en un pequeño gato negro. La poderosa bruja estiró su mano esquelética, engarrotada y gafa. Juanito, dócilmente, se abrazó a ella; lo depositó en sus hombros y se lo llevó montado encima. Mientras se alejaban, Juan no cesaba de maullar, pero yo lo único que escuchaba era su voz muy débil y aguda diciendo que corriera. Desde aquel día en los periódicos, en los cartones de leche y en el tablón del colegio apareció su fotografía con letras de palo que decían: “DESAPARECIDO”.

* * *

Al caer la noche, Juanito solía venir a contarme cosas de cómo era la vida de los gatos; dormir mucho, comer cualquier cosa, lamerse todo el día, andar perdiendo el tiempo por los balcones fijándose en las chicas, y mirar con los ojos muy fijos a todo el que pasa. ¡*Miau!*... (esa expresión la usa cuando significa “chachi”). Juan vivía ahora con la señora de Bermúdez; se supone que todas las brujas deben de tener un gato que es la encarnación del demonio, pero la hechicera de nuestro barrio era tan cutre que no tenía ningún gato encarnación de nada, si acaso a mi amigo Juanito, que no lo digo porque fuese amigo mío, pero era un gato de cuidado, un gato que había que tener en cuenta. Ningún gato de ninguna otra bruja de ninguno de los barrios circundantes jugaba tan bien a las chapas o al cinquillo.